

Artículo de investigación

Subjetivación y trayectorias de consumos problemáticos juveniles

Pablo Barrenengoa¹**Correspondencia**

pablobarrenengoa@hotmail.com

Filiaciones institucionales¹Facultad de Psicología (UNLP, Argentina)**Resumen**

Este trabajo se propone indagar modalidades de subjetivación y trayectorias de jóvenes varones que han desarrollado consumos problemáticos y han transitado internación en una comunidad terapéutica. A partir de un estudio de casos múltiples y el enfoque biográfico, se analizan sus relatos de vida estructurados en tres bloques biográficos: etapa previa al consumo, etapa de organización de una vida por el consumo y etapa de internación. Se analizan los consumos problemáticos a partir de diferentes componentes que configuran sus existenciaros: procesos de identificación, dinámicas del grupo de pares, los ritos de iniciación en el consumo, las operaciones subjetivas empleadas, temporalidades y espacios del consumo problemático, los imperativos de masculinidad y diferentes versiones del “rescate” como retórica de lo ilimitado.

Palabras clave

subjetivación | trayectorias | consumos problemáticos | juventudes

Cómo citar

Barrenengoa, P. (2020). Subjetivación y trayectorias de consumos problemáticos juveniles. *Revista de Psicología*, 19(2), 24-52. doi: [10.24215/2422572XE053](https://doi.org/10.24215/2422572XE053)

DOI[10.24215/2422572XE053](https://doi.org/10.24215/2422572XE053)**Recibido**

14 nov. 2019

Aceptado

23 abr. 2020

Publicado

30 abr. 2020

Editor

Nicolás Alessandrini | Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de Madrid (España)

ISSN

2422-572X

Licencia© Copyright: Barrenengoa, P.
Licencia de Cultura Libre [CC-BY 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/)**Entidad editora**

RevPsi es una publicación de la Facultad de Psicología (Universidad Nacional de La Plata, Argentina)

**ACCESO ABIERTO**
DIAMANTE

Subjetividade e trajetórias de consumo problemático de jovens

Resumo

Este artigo propõe investigar modalidades de subjetivação e trajetórias de homens jovens que desenvolveram consumos problemáticos e foram hospitalizados em uma comunidade terapêutica. A partir de um estudo de múltiplos casos e da abordagem biográfica, são analisadas suas histórias de vida estruturadas em três blocos biográficos: estágio de pré-consumo, estágio de organização de uma vida para consumo e estágio de hospitalização. Os consumos problemáticos são analisados a partir de diferentes componentes que configuram seus existenciais: processos de identificação, dinâmica do grupo de pares, ritos de iniciação no consumo, operações subjetivas empregadas, temporalidades e espaços do consumo problemático, imperativos de masculinidade, novas gramáticas juvenis em relação ao consumo e diferentes versões do "resgate" como retórica do ilimitado.

Palavras-chave

subjetivação | trajetórias | consumo problemático | juventude

Subjectivity and trajectories of problematic youth consumption

Abstract

This work aims to investigate modalities of subjectivation and trajectories of young males who have developed problematic consumption and have gone through hospitalization in a therapeutic community. Based on a multiple case study and the biographical approach, we analyze their life stories structured in three biographical blocks: pre-consumer stage, stage of organizing a life by consumption and stage of hospitalization. In the reconstruction of their trajectories and subjectivities, problematic consumption is analyzed from different components in the configuration of existence: identification processes, peer group dynamics, initiation rites in consumption, subjective operations used, temporalities and spaces of problematic consumption, the imperatives of masculinity, new youth grammars in relation to consumption and different versions of the "rescue" as rhetoric of the unlimited.

Keywords

subjectivation | trajectories | problematic consumption | youth

Aspectos destacados del trabajo

- En los relatos analizados, consumir aparece como algo vital, que reafirma y disuelve la existencia.
- El consumo se emplaza como micropolítica de subjetivación, que compone y descompone situaciones.
- Consumir se vivencia como una grieta de liberación respecto a referencias que ya no conservan valor estructurante.
- Consumir produce una nueva emocionalidad, que cataliza modos de insubordinarse frente a lo establecido.

Este trabajo se propone indagar trayectorias y subjetividades de jóvenes en situación de internación, en una comunidad terapéutica para el tratamiento de consumos problemáticos de sustancias psicoactivas. A tal fin, se realiza una investigación de corte cualitativo a partir de un enfoque biográfico. En la primera sección del artículo se explicitan algunos antecedentes y operadores teóricos que incidieron en la delimitación del problema en estudio. En la segunda parte se explicitan las preguntas y objetivos que orientaron la presente indagación. En la tercera sección, presentamos el diseño metodológico utilizado. En la cuarta sección se presentan los resultados obtenidos, estructurados en dos apartados: diacrónico y sincrónico, siendo este último apartado el que realiza una discusión e interpretación teórica de los hallazgos del estudio. Finalmente se presentan las conclusiones más relevantes desde un campo de problemas de la subjetividad.

Antecedentes y contextos

El consumo problemático de sustancias constituye un campo temático abordado por una multiplicidad de disciplinas, siendo complejo y multidimensional. Así, desde una primera mirada, los rastros o factores que pueden incidir en la configuración de consumos problemáticos pueden advertirse en una gran cantidad de datos contrastables y suficientemente descriptos por la bibliografía: disponibilidad de sustancias, el consumo recreativo, los grupos de pares, una cultura hedónica y consumista, el avance del narcotráfico, familias disgregadas, anomia institucional, entre muchos otros (*García del castillo et al. 2013; Carmona y Vargas Peña, 2017*). Estos datos reconstruyen algunas de las múltiples aristas implicadas en casos de consumos problemáticos a nivel macrosocial, micro social e individual, pero no hablan de los sujetos, sus modos de significación, de las operaciones subjetivas puestas en juego, del impacto en sus relaciones sociales y las valoraciones construidas. En este sentido, “la droga o sustancia” existe con el modo de vida en que se inscribe, definiéndose por un sistema social, con rituales culturales y sociales específicos e históricamente

situados alrededor del consumo (*Castel y Coppel, 1994; Escohotado, 1995*).

En los últimos años, han sido numerosas las investigaciones interesadas por los consumos problemáticos. En Argentina, al calor de las discusiones que acompañaron la posterior sanción de la Ley Nacional de Salud Mental (Ley N° 26657, 2010) y la Ley de Consumos Problemáticos (Ley 26.934, 2014), se produjeron innumerables trabajos que se han interesado tanto por la reconstrucción de las trayectorias de los sujetos que desarrollan una “adicción”, como por el análisis de las subjetividades, prácticas y representaciones de usuarios de servicios de salud para consumidores de drogas (*Solitario, Comes, Garbus, Mauro y Stolkner, 2006; Epele 2007, Ministerio de Salud de Buenos Aires 2013; Vásquez, 2016; Montenegro, 2017; Bang, Cafferata, Castaño Gómez e Infantino, 2020*). Un elemento recurrente en estos trabajos ha sido la dilucidación de los mecanismos de estigmatización y criminalización de quienes han desarrollado algún problema de consumo, bajo la etiqueta de “enfermos”, “desviados” o “delincuentes” (*Vasquez, 2016, Barrenengoa et al, 2017*). De este modo, su función performativa en la producción de sus subjetividades ha sido suficientemente señalada. En otros términos, ser tratado, nominado e identificado como adicto, configura trayectorias y subjetividades en la virtualidad de una categoría homogénea. En ella, se monta un guion de actuación que precede a la vida del “adicto” y condiciona los marcos de su devenir. A diferencia de estos trabajos mayormente interesados por el impacto de los procesos de estigmatización de usuarios de drogas en la accesibilidad a los servicios de salud, este artículo se propone indagar los procesos de subjetivación juvenil vinculados al consumo de drogas, haciendo hincapié en los diversos modos de producción de subjetividad implicados en el consumo de sustancias. Es decir, en lugar de focalizar los consumos problemáticos en términos de falta, déficit o estigma, nos interesa aquí poder conocer el modo en que se organizan y producen subjetividades en trayectorias de jóvenes que desarrollan una adicción.

En este contexto, cobra relevancia la problematización de estas nuevas modalidades de subjetivación juvenil que se dan en el marco de procesos estructurales más amplios. En un escenario de destitución de los discursos de autoridad sobre el devenir juvenil (*Duschatzky y Corea 2007; Vommaro, 2015*), el consumo de sustancias se presenta como un elemento muchas veces presente, que acompaña los ritos de pasaje, sus círculos de sociabilidad y diversos escenarios de constitución subjetiva (*Seoane Toimil, 2015*). Sobre ello, han sido numerosos los trabajos que han reflexionado sobre el complejo entrecruzamiento discursivo que negativiza la condición juvenil, reducida a un conjunto de estereotipos vinculados a la incompletud, la inmadurez, déficits de distinto orden y representaciones estigmatizantes (*Chavez, 2005, 2010; Morera y Cid Castro, 2019*).

En Argentina, la experiencia histórica ha demostrado el modo en que crisis sociales y económicas han fracturado y afectado de manera general a las capas medias y bajas de la sociedad. Junto a estas crisis se han desplegado una serie de estrategias biopolíticas que incluyen –junto a la precarización económico-laboral, la desafiliación y la crisis de los procesos identificatorios– la producción de complejos

procesos subjetivos que afectaron de maneras específicas a los jóvenes. En aquellos sectores de bajos recursos, la escasa o nula inserción laboral, la desafiliación institucional o de cualquier otro grupo de pertenencia produjeron fragilidades sociales y subjetivas. Una de las consecuencias subjetivas de estos procesos es la imposibilidad de imaginar y proyectar un futuro, específicamente en un período de la vida en el que imaginar un futuro puede ser literalmente vital. El efecto de esta suspensión temporal implica la dilución de la cotidianeidad en la inmediatez, vaciada de las ideas de apuesta y objetivos que demoran la recompensa. Estos procesos de destitución subjetiva en los jóvenes producen particulares modos de subjetivación, formas existenciales, prácticas de vida de un presente sin brújula: despojados de la posibilidad de animar esperanzas colectivas, la apatía suele despotencializar su accionar cotidiano. Se componen subjetivaciones en las que el presente queda sin anclajes firmes para organizar prácticas, significaciones y pasiones (Fernández, 2013). Entre los sentimientos que acompañan estos procesos se ha mencionado la apatía, la culpa y la inhibición de la iniciativa. No se trata de características esenciales, “naturales”, de estas subjetividades juveniles, sino de poblaciones afectadas por estrategias biopolíticas en las que los dispositivos para significar y percibir el mundo, sus sensibilidades y prácticas sociales se encuentran gravemente lesionadas en cuanto a las posibilidades de posicionar y reordenar sus vidas desde un proyecto de autonomía. En este trabajo intentaremos salir del estándar normativo que patologiza o normaliza el tránsito por este período de la vida, y que apuesta a la agencia de los jóvenes para tener vidas que no se reduzcan al estereotipo que existe sobre ellas. Encontramos interesante la idea de “juventud como posibilidad” en tanto apertura a impensables que exceden los estereotipos más marcados sobre los jóvenes (Chavez, 2005). En este campo de problemas, nos interesaremos particularmente por las vitalidades que emergen en los procesos del “ser joven” y aquellos agenciamientos que surgen más acá y más allá de los procesos de vulnerabilización y que se acentúan con el consumo de sustancias. En este sentido, la reconstrucción de una historicidad biográfica que rescate los caminos subjetivos leídos en términos de su naturaleza situacional y sociohistórica, permiten aproximarnos a subjetividades “adictivas” en las que, lejos de encontrar homogeneidad, encontramos diversidad en función de la pertenencia de clase, edad, etnia y género.

Así, si el interés fundamental fue encontrar una aproximación a las modalidades de subjetivación de los jóvenes, el enfoque teórico apela a la transversalización de saberes, que surge de la ruptura de territorios unidisciplinarios cerrados. En tal sentido, las nociones de trayectoria y subjetividad fueron potentes herramientas conceptuales.

Los trabajos interesados en modalidades de subjetivación juvenil y consumo han estado fuertemente interesados en la noción de proyecto de vida (Capriati, 2015; Guelman y Sustas, 2018). Una dimensión necesaria para el abordaje de los proyectos de vida está constituida por la trastienda de los proyectos, es decir, las trayectorias y sus vivencias. El análisis de las trayectorias juveniles ofrece la posibilidad de reconstrucción histórica, que permite comprender el modo en que se engarzan los acontecimientos histórico- biográficos de los sujetos y su modo de pensarse hacia el futuro. Por lo

tanto, nuestras indagaciones se interesan, no solo por los modos de subjetivación que han establecido pacientes que llegan a internarse por consumo problemático de sustancias, sino también por los caminos y recorridos que esas subjetividades transitan, cuestión que abordaremos aquí a partir de la noción de trayectoria. La fertilidad de la noción de “trayectoria” reside en su potencial para aproximarnos a las tramas e historias de vida que ubican diferentes accidentes topológicos en la historia de los sujetos, entendidos como sujetos históricos y sociales. En tal sentido, surge como una vía de acceso posible a la subjetividad en problemáticas sociales complejas (Carballeda, 2014). Actualmente, los individuos no existen en “estados”, sino más bien en situaciones, en trayectorias. Bourdieu ha elaborado la noción de trayectoria como “serie de las posiciones sucesivamente ocupadas por un mismo agente (o grupo) en un espacio en sí mismo en movimiento y sometido a incesantes transformaciones” (Bourdieu, 1977 p. 82). La noción de trayectoria permite abordar las sucesivas posiciones subjetivas que los sujetos transitan, no como una mera enumeración de acontecimientos sino como el modo en que se entretajan esas posiciones en una historia de vida. Por otra parte, Bertaux (1986) ha señalado la utilidad del estudio de las trayectorias, en la medida en que permiten obtener informaciones biográficas contextualizadas, ligando aspectos histórico-biográficos con un entramado social y características estructurales más amplias. En este orden de consideraciones, frente a discursos que sostienen la idea de “carrera de adictiva”, vinculadas a la idea de pasaje de una sustancia a otra y de “camino de ida”, en términos de inmodificabilidad de las pautas de conducta (Paxlowicz, Galante, Goltzman y Touzé, 2014) la noción de trayectoria permite situar, no tanto la sucesión o alternancia de sustancias en la historia de los sujetos, sino los puntos de detención, viraje y quiebre subjetivo, que señalan la no linealidad de la relación con las sustancias.

En cuanto a la noción de subjetividad, suele ser empleada bajo imprecisiones conceptuales importantes, como sinónimo de individualidad o interioridad (Bleichmar, 2004). A diferencia de esto, la subjetividad no es susceptible de totalización o centralización en un individuo. Una cosa es la individuación del cuerpo. Pero otra muy distinta son la multiplicidad de agenciamientos de subjetivación. La subjetividad está esencialmente fabricada y modelada en el registro de lo social. Desde esta mirada, hay siempre un agenciamiento social complejo que teledirige al individuo en las mallas de un equipamiento colectivo. Cultivamos el mito de una individuación a priori de la subjetividad, de que las personas serían responsables por sí mismas y conscientes de sí mismas, incluso a sabiendas de que la mayoría de las veces eso no ocurre. Desde el pensamiento de Guattari y Rolnik (2006), el individuo constituye apenas la “terminal” de todo un conjunto de agenciamientos sociales. Los mismos no son sólo agenciamientos interpersonales “visibles”: existen también agenciamientos infra-personales. En esta línea, la subjetividad reúne elementos heterogéneos y dimensiones polifónicas, en la medida en que los agenciamientos que operan sobre los sujetos son múltiples. Dicha multiplicidad permite advertir que no se trata sólo de saber por qué un sujeto consume, a partir de la noción de lo que le falta o carece, pues haríamos un abordaje meramente derrotista o probabilístico del tema del consumo problemático.

Existe también allí, incluso en las acciones más destructivas, una afirmación del sí mismo, una producción subjetiva, una micropolítica activa, una micropolítica de aprehensión del sí mismo, del cosmos y de la alteridad que da cuenta, en muchos casos, de verdaderas rupturas existenciales (*Guattari y Rolnik, 2006*).

La noción de producción de subjetividad nos permite, entonces, pensar la subjetividad sin apelar al aspecto trascendental del ser humano, ni al de un sujeto psicológico o universal antropológico. Des-esencializar este universal permite historizar y encauzar la búsqueda de interpretación de las producciones de subjetividad, en base a los procesos sociohistóricos y las instituciones que la producen.

Considerando lo antedicho, la comprensión de los consumos problemáticos de sustancias desde un campo de problemas de la subjetividad entraña un desafío epistemológico y heurístico. En primer lugar, porque la constitución de la subjetividad implica la tensión de polos y registros de análisis heterogéneos, que se articulan en momentos sociohistóricos específicos. En segunda instancia, porque permite interrogar los consumos a partir de sus trayectorias, cuestión que implica reconocer la producción de subjetividad que en ellos se desarrolla. Esta re-territorialización de los consumos problemáticos pretende, por un lado, dejar en suspenso la mirada establecida por los análisis jurídicos y sanitarios y, por el otro, articular procesos macrosociales con la singularización de las trayectorias biográficas en general y subjetivas en particular. Esto significa que la apuesta aspira a sostener la indagación de los consumos problemáticos como fenómenos y sistemas abiertos, irreductibles a los saberes unidisciplinarios.

A diferencia de enfoques que ponen la señal de alarma en el producto final de un proceso de consumo compulsivo de sustancias y en la magnitud epidemiológica del mismo, la mirada que aporta el campo de problemas de la subjetividad y el análisis desde los modos de subjetivación pone el énfasis en las condiciones sociohistóricas a partir de las cuales es posible que los consumos problemáticos sean un problema a ser pensado. Según este razonamiento, no se trata meramente de un aumento estrepitoso, cuantitativo, de prácticas “adictivas”, sino de la instauración cualitativa de un tipo radicalmente nuevo de subjetividad que se ha instituido socialmente y que se diferencia de otros “tipos subjetivos” que han predominado en otros períodos históricos y que permanecen en la actualidad, aunque destituidos. Estas condiciones socioculturales específicas en que se subjetivan los individuos no resultan un escenario de realización que condiciona en exterioridad (lo tradicionalmente descrito como “lo” social), sino que es una red de prácticas que interviene en la constitución misma de los tipos subjetivos reconocibles en una situación sociocultural específica.

En definitiva, nos proponemos analizar trayectorias y subjetividades de jóvenes internados en una comunidad terapéutica, a partir de la descripción y análisis de las narraciones e historias de vida de los propios jóvenes. En este camino, se indagan los consumos a partir de algunas dimensiones analíticas orientadoras que se mencionan en la secuencia de los objetivos específicos: las dinámicas sociales que establecen con diferentes actores de su entorno social y otros significativos, los acontecimientos

o puntos de ruptura histórico biográficos y las operaciones subjetivas desplegadas por los jóvenes en diferentes momentos biográficos. En ellas, se pretende indagar estadios previos al consumo y momentos en los que el consumo entra en escena, al tiempo que interrogar el horizonte de expectativas construido. Adquiere centralidad la pregunta por el modo en que estos sujetos estructuran sus trayectorias vitales, a partir del análisis de las operaciones subjetivas empleadas, las valoraciones construidas y los sistemas discursivos utilizados para representarlas. Si los procesos de subjetivación conllevan desplazamientos, movimientos y operaciones nómades (*Deleuze y Guattari, 1995*) a partir de las cuales se deviene sujeto, nos preguntamos aquí sobre el rol que el consumo de sustancias ocupa en esas dinámicas de modelización subjetiva. A partir de estos antecedentes y premisas, la pregunta de esta investigación se sitúa en el cruce entre los procesos de subjetivación juvenil y sus trayectorias de consumos problemáticos.

Preguntas y objetivos

En este contexto, e inspirados en la idea deleuziana según la cual una pregunta potente no es la que se responde, sino la que exige devenires, se tradujeron las inquietudes teóricas señaladas a un conjunto de preguntas que se han procurado responder a través del enfoque biográfico y el análisis de los ocho casos presentados en los resultados de esta investigación.

¿Cómo se configuran las trayectorias de jóvenes que requieren internación por consumos problemáticos? ¿Bajo qué mediaciones y operaciones subjetivas se inician en el consumo, desarrollan una adicción y piden ayuda? ¿Cuáles son los sentidos y categorías discursivas que intervienen en los consumos problemáticos y en la modelización de estas subjetividades juveniles?

Objetivo general

Indagar las trayectorias y subjetividades de jóvenes entre 18 y 30 años en situación de internación por consumos problemáticos de sustancias psicoactivas en una comunidad terapéutica ubicada en la ciudad de la Plata.

Objetivos específicos

- Conocer, desde las propias narraciones de los sujetos, las dinámicas sociales que establecen con a) su familia de origen b) grupo de pares c) relaciones de pareja d) otras redes sociales de contención y apoyo. e) circuitos de sociabilidad vinculados al circuito de ilegalidad de algunas drogas.
- Identificar y caracterizar los puntos de ruptura (conmutadores-shifters) histórico-biográficos en relación con: momentos previos al inicio de consumo, modo de iniciación, momento en que el consumo se vuelve problemático, momento en que solicita tratamiento,

- Indagar las valoraciones construidas en torno a a) los modelos identificatorios que rechazan, b) modelos identificatorios que desean, c) cómo se auto perciben y definen.
- Analizar las operaciones subjetivas puestas en juego para organizar su experiencia social en los contextos cotidianos que transitan, en especial referencia a a) las temporalidades construidas, b) el modo de habitar y construir el espacio subjetivo e intersubjetivo, c) las valoraciones construidas en relación con las prácticas de consumo, d) los sistemas discursivos y representacionales que instrumentan para caracterizar sus prácticas de consumo.

Diseño metodológico

En función de las preguntas de investigación, se realizó un estudio de casos múltiples, desde un enfoque cualitativo. Se trata de un abordaje que se propone centrar la atención en un número limitado de situaciones, para poder ser comprendidas en profundidad, en situaciones y circunstancias específicas (Schwandt, 1997). En consecuencia, se realiza un recorte empírico parcial, a los fines de poder aproximarse en profundidad a un tema más amplio de investigación. Se ha escogido el diseño de múltiples casos, que nos permite, a su vez, realizar un análisis intercaso. Considerando que no se trata de una muestra representativa sobre la cual se puedan establecer generalizaciones al resto de la población, el propósito de los casos escogidos es arrojar luz sobre un tema en particular. En este sentido, se pretendió establecer cierta “generalización analítica” (Arzaluz Soriano, 2005), en la que los conceptos utilizados por los sujetos de estudio y las herramientas teóricas del investigador, fueron instrumentados como patrón con el cual se comparan los resultados empíricos del estudio de caso.

Para operacionalizar la construcción de trayectorias subjetivas en el consumo problemático de sustancias se ha decidido utilizar relatos de vida como técnica de producción y análisis de la información (Denzin, 1989; Sautu, 1999; Leclerc-Olive, 2009). El desafío que propone esta técnica radica en vincular la experiencia, única e individual de un sujeto, con el contexto social, para comprender los sentidos de la experiencia y los procesos sociales que en ella se desenvuelven. Interesa en particular, abordar el relato de vida orientado a la identificación de los acontecimientos biográficos que estructuran los tiempos de una vida, en tanto momentos de bifurcación o giros de la existencia (Leclerc-Olive, 2009). Nuestro “enfoque biográfico”, toma los relatos de vida y entrevistas biográficas como vía privilegiada de acceso a las trayectorias y subjetividades. Así, nos propusimos una aproximación al mundo social con el foco puesto en las experiencias subjetivas y los sentidos atribuidos por los sujetos. En tal sentido, se lo considera como una herramienta clave en el acercamiento a lo vivido subjetivamente. A su vez, nos permite aproximarnos al problema de estudio desde una mirada que prioriza las voces de los propios actores, razón por la cual, le otorga a este diseño un valor heurístico, descriptivo y analítico (Bertaux, 1980).

Espacio de recolección de datos

Las entrevistas fueron realizadas entre los años 2015 y 2017. La población que concurre a la comunidad terapéutica es masculina, en su mayor parte jóvenes de sectores populares. El espacio cuenta con 14 camas. Los jóvenes ingresaron a la institución a partir de haber iniciado tratamiento previamente en un CPA que forma parte de la red de atención del Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires. El tratamiento se inicia en el CPA, y -en los casos requeridos y en los que se encuentran camas disponibles- son derivados a la comunidad terapéutica por un plazo lo más breve posible y como máximo 6 meses, momento a partir del cual retornan a la modalidad de tratamiento ambulatoria iniciada en los CPA de los que fueron derivados inicialmente. Los criterios de derivación a la comunidad terapéutica más frecuentes suelen ser urgencias vinculadas a la imposibilidad de detener el consumo y situaciones de riesgo asociadas al mismo. Estos circuitos de derivación previos permitieron encontrar cierta “homogeneidad” en relación con los motivos de internación, en la medida en que no se encontraron casos de jóvenes cuya situación no ameritara internación o no haya incluido dentro de los motivos de la misma un problema severo con el consumo de sustancias.

Muestra intencional

Se trabajó con 8 jóvenes (casos) luego de conversaciones preliminares con el equipo de salud a cargo de los jóvenes internados respecto a qué jóvenes estaban en condiciones subjetivas de participar de la investigación.

Criterio de selección

Estar internado en la comunidad por consumo problemático, ser mayor de edad, recibir autorización del equipo terapéutico y consentimiento informado.

Sujetos de estudio

Si bien el estatuto de lo juvenil no es reductible a una cuestión sociodemográfica, se estableció un rango de edad entre los 18 y 30 años por cuestiones prácticas y legales. Se trató de jóvenes varones de sectores populares provenientes del conurbano bonaerense y el Gran La Plata.

Técnicas empleadas

Con el fin de estudiar las estructuras de significación en las trayectorias biográficas de los jóvenes nos hemos basado en Denzin (1989) en su estudio de trayectorias biográficas con sujetos alcohólicos, que como señala Vergara Gerstein (2013), aportan una pauta metodológica fértil en cuanto al estudio de las historias de vida individuales en ciencias sociales, en este campo de problemas (Denzin, 1989, citado en Vergara Gerstein, 2013). Para recolectar información se realizaron entrevistas en profundidad cuya organización y secuencia pretendía recorrer tres grandes bloques biográficos: experiencias previas, etapas de consumo y expectativas a futuro. Para las

entrevistas en profundidad se confeccionaron 3 cuestionarios con ejes de referencia y preguntas abiertas correspondientes a los siguientes trayectos biográficos A- Etapas previas al consumo (niñez y adolescencia) B- Período de consumo enfocado a los modos de iniciación, experiencias de riesgo, cotidianeidad, y sus relaciones sociales. C- Etapa de rehabilitación enfocada a un análisis retrospectivo de las entrevistas previas y de la expectativa del futuro.

Los tres tiempos cronológicos se establecieron con el fin de poder armar un hilo narrativo de sus historias, al tiempo que poder puntuar aspectos histórico-biográficos que considerasen relevantes en el devenir subjetivo de su relación con las drogas. A su vez, permitió realizar una secuencia analítica que facilitó el análisis inter-caso en el análisis de sus trayectorias.

Estrategia de análisis de datos

En el procesamiento de los relatos de vida y de las entrevistas he conjugado dos estrategias complementarias, una de tipo diacrónica o vertical (análisis intra-caso) y otra sincrónica u horizontal (análisis inter-caso), siguiendo las recomendaciones de Capriati (2017) para el procesamiento de datos con esta técnica.

Análisis diacrónico. En cuanto al análisis de tipo diacrónico, se siguieron los lineamientos generales de la teoría fundamentada. En este sentido, aplicamos el criterio de parsimonia, apuntando a maximizar la comprensión de un fenómeno con el mínimo de conceptos posible. Luego de la des-grabación de las entrevistas, los datos se sistematizaron para su posterior análisis en matrices de significación organizadas en función de las categorías mencionadas en los objetivos específicos. Estas operaron como ordenadoras preliminares, y permitieron organizar el material en diálogo con el marco conceptual y el estado del arte. Posteriormente, se modificaron y crearon nuevas categorías en función de algunos hallazgos realizados en el primer análisis. Finalmente, se escogió uno de los ocho casos para ser publicado in extenso, con el propósito de recuperar el hilo narrativo de un caso ejemplar. Las categorías discursivas de los entrevistados han sido reordenadas desde el punto de vista cronológico, construyendo una línea de tiempo que facilitase la narración de las historias desde el punto de vista expositivo.

Desde luego, la construcción de las trayectorias a nivel de cada caso analizado, no aspiró a totalizar los hitos de una vida. En tal sentido, se partió de la consideración de que una trayectoria se construye desde un punto y no desde un todo. Ese punto, la aparición de consumos problemáticos, produce conexiones asociativas y junturas con distintos puntos que por más heterogéneos que sean, devienen inmanentes a partir del problema planteado. Siguiendo a Lewcowicz (2006):

Deleuze dice que se puede describir la historia como un toallón, y que depende de cómo se lo doble, qué puntos quedarán conectados entre sí y qué puntos no. La dispersión de los puntos en el toallón no produce ningún sentido, los puntos que se conectan entre si no dependen del lugar que tenían, sino de las operaciones de juntura que hayamos hecho. (Lewcowicz, 2006, p. 67)

Análisis sincrónico. En esta parte del análisis, nos alejamos de la singularidad de los relatos, siguiendo una recomendación de Capriati (2017) respecto a la función de los marcos teóricos en este tipo de enfoque metodológico en general y al trabajo con historias de vida juveniles, en particular. En estas interpretaciones se eleva la mira del análisis con el propósito de conectar los relatos y las entrevistas con los procesos macro, por medio de interpretaciones teóricas de un mayor nivel de abstracción para generar una perspectiva diferente de lo ya sabido. La caución que condujo la fase analítica procuró eludir generalizaciones uniformizantes, al tiempo que asumir el riesgo de dar un salto más allá de los relatos que cada caso plantea. De acuerdo con esto, se realizó una nueva aproximación a los relatos individuales de los sujetos de estudio, con la intención de ir más allá de la singularidad de cada caso aislado. Se trata de una estrategia de comprensión de la realidad que no solo recurre a la coherencia histórica interna de los relatos, sino también a los puntos de encuentro posibles de ser construidos con otros relatos. Por supuesto, estos puntos de encuentro no implican aspectos históricos vivenciales idénticos, sino más bien, relatos sobre ellos en los que podemos leer modalidades de subjetivación que insisten, recurrentes.

En esta empresa, se construyeron categorías que aglutinaban núcleos de sentido para aproximarnos a aspectos que se revelaban como los más centrales en las trayectorias analizadas. Antes que intentar la construcción de una biografía centrada en el consumo, se decidió poner el acento en aquellos momentos de pasaje que los propios entrevistados consideraban significativos.

Por último, la conjugación de una estrategia de análisis diacrónica y sincrónica ha facilitado el proceso de reconstrucción de las perspectivas de los actores. Recurrir a las perspectivas de los actores no significa simplemente restituir la “voz de las personas”: escuchar a los sujetos y registrar sus narraciones es un paso necesario que debe ser complementado con la construcción de conceptos teóricos, elaborados por el investigador para dar cuenta de las configuraciones de sentido, proceso en el cual el investigador imputa significados a los relatos y establece vinculaciones con procesos sociales más amplios.

Resultados

Los testimonios de los jóvenes se convirtieron en la punta de un iceberg de un universo cultural sumergido. De tal modo, el consumo problemático de los jóvenes se tomó como analizador privilegiado del momento sociohistórico que, antes que contexto que determina ese devenir “adictos”, es texto que los (nos) constituye. A continuación, presentamos uno de los ocho casos en forma diacrónica. Posteriormente retomamos realizamos un cruce sincrónico con el resto de los casos tenidos en cuenta para la interpretación teórica posterior, tal como se explicita en el apartado metodológico.

Resultados parte I: análisis diacrónico de caso ejemplar

Carlos tiene 26 años y vive en una localidad del conurbano bonaerense. Se encuentra internado hace un mes por voluntad propia. La abstinencia le está resultando muy difícil, se siente susceptible, “con pocas pulgas” frente a cosas que le molestan: “antes lo tapaba con sustancia”. Si bien ha consumido diferentes sustancias, las que mayores dificultades le trajeron y motivaron su internación son la cocaína y la pasta base de cocaína. Posee estudios secundarios incompletos y se define como cocinero, oficio que le ha permitido vivir en diferentes partes del país. Durante el último año estuvo desempleado y la única figura significativa de la que ha recibido visitas es su abuela. Carlos relata su niñez como “buena”, aunque luego de la fachada inicial con la que se presenta, comienza a hablar de los matices con los que atravesó su primera infancia.

[...] yo tenía mamá nomás abuelo y abuela, yo a mi papá no lo conocí, hasta el día de hoy no lo conozco y es algo que hasta el día de hoy me tiene mal que no me digan la verdad quien es mi papá [...] y bueno después mi mamá se puso en pareja con el papá de mi hermana y el pasó a ser como mi padrastro, pero fue una relación muy fea de chico, me pegaba mucho, me maltrataba mucho, a mí y a mi mamá.

A los 11 años, luego de que su madre se separa de su padrastro, Carlos se muda a la casa de sus abuelos, no sin recordar las reiteradas golpizas que sufría en manos de su madre y padrastro. Recuerda que su madre trabajaba en un comercio todo el día, y que él estaba al cuidado de sus abuelos, a quienes apreciaba especialmente. Durante esa etapa, recuerda que su mamá lo “ponía nervioso”:

[...] me retaba y me iba a la pieza y me golpeaba la cabeza contra el piso hasta que me de lo que yo quería; mi abuela no, mi abuela era más suave por ahí me llamaba la atención, pero me daba lo que yo quería [...]

Recuerda particularmente un episodio en el que llega tarde a su casa, después de jugar a la pelota en el barrio. Su madre, disgustada por la demora, le produce una herida en la cabeza con un palo, mientras le gritaba y repetía que “no servía para nada”. Durante el relato de la escena, me dice que mientras recibía los golpes se preguntaba a sí mismo ¿para qué vivo, para que estoy acá? El espacio del hogar no era el único que representaba tensiones con las figuras a cargo del cuidado. En paralelo, su tránsito por la escuela estaba signado por situaciones de desafío e interpelación a la autoridad, situaciones que también describe como “violentas” y en las que, interpreta lo siguiente:

[...] “quería hacerme ver, que me halaguen, llamar la atención y gustarles a las chicas”. [...] “Me burlaba e insultaba a los maestros y no me importaba que me amonesten o lleven a dirección” [...]

Una muerte intramitable y el comienzo de algo indomeñable. Un punto de ruptura en el relato de Carlos aparece representado por la muerte de su abuelo. Se trata de una figura que él destaca como clave, y cuya ausencia vivió como una verdadera catástrofe, que sitúa como coyuntura de dos acontecimientos importantes: el inicio del consumo y el primer intento de quitarse la vida. Cuando Carlos recibe la noticia del fallecimiento de su abuelo entra en un estado de crisis que lo sumerge en una angustia, para él, sin precedentes:

[...] estuve como 4 o 5 días mal encerrado llorando y después salía a la calle a caminar sin rumbo y ahí pensaba en matarme y ahí empecé con el consumo... al mes que falleció mi abuelo intente tirarme del ferrocarril, pero no tuve el coraje, después me agarre con un cuchillo y me clavaba y mi mama me vio y llamo a la policía [...]

El consumo de sustancias, en un principio, aparece para él enlazado a la necesidad de evadir esa angustia insoportable por la muerte del abuelo. Allí comienza a consumir marihuana, algo que recuerda como un “momento de placer” y que sitúa en un polo opuesto a lo que, según relata, lo arruinó: la cocaína. Las situaciones de consumo eran, en un principio, en compañía de amigos o compañeros de escuela, en sintonía con la lógica del compartir, dentro de la escuela o cuando salía de ella. Sitúa a los 17 años el momento donde se empieza “a cerrar” y consumir sólo, momento en el que también se había tornado frecuente el consumo de otras sustancias que mezclaba o alternaba: primero, pastillas y alcohol, luego pasta base de cocaína. En relación con el consumo de esta última droga, sitúa un uso problemático de ella, sancionado como tal desde su entorno. En tal sentido, recuerda haber sido sacado del aula en reiteradas ocasiones por estar mareado. En esas oportunidades solían llamar a la ambulancia y a su madre. Recuerda que, después de esas urgencias, su madre solía preocuparse mucho y buscar psicólogo, aunque no podían pagarlo y él tampoco quería ir. A sus 17 años, Carlos comienza a establecer diferentes usos con las sustancias y, a partir de ellos, insertarse en nuevas dinámicas y circuitos de sociabilidad. Entre ellos relata sus primeros contactos con el mundo delictivo. Se trata de un mundo que, si bien había sido ajeno para él hasta entonces, aparecía con una proximidad geográfica y simbólica tal que le despertaba curiosidad y ambición de pertenecer a él. “A mí de chico siempre me llamó la atención robar, quería saber lo que se sentía”. Ese querer saber encuentra en un vecino del barrio, un modelo que seguir. En él encontraba realizadas, por un lado, su idea de “tener” y por el otro una conjunción entre dos extremos: no hacer nada y tener todo:

[...] era un hombre grande que tenía todos guachines que robaban para él. Y al viejo vos lo veías y tenía camioneta, casa y yo quería ser como él y ahí seguí el ejemplo, este viejo no hace nada y tenía todo y yo quería ser como él [...]

Finalmente, se integra a una barra conformada con el objetivo de salir a robar y

realizar entraderas. Se trataba de una banda organizada en la que “craneaban donde robar”, y en la que el uso de sustancias tenía una secuencia. Antes de salir a robar, comenta, consumía pastillas: “porque la pastilla me daba como una adrenalina, no tenía miedo, no me importaba nada”. Solo después de repartir lo robado entre sus compañeros acostumbraba a comprar grandes cantidades de cocaína y se encerraba 4 o 5 días a consumir solo. La lógica de consumo, entonces, estaba ligada a cierto uso y vinculada al tipo de efecto habilitante o incapacitante para determinadas actividades, al modo de proveerse de las mismas y al efecto buscado. El recurso a la pastilla aquí aparece como un modo de tomar coraje en la construcción y logro de un objetivo, mientras que el uso de la cocaína ya en este estadio estaba más vinculado a una situación de consumo aislado de otras personas. En este momento, según relata, la relación con su madre había virado y se había vuelto insostenible:

[...] Me le paraba de mano, ya no me podía controlar, exploté. Me le paraba de mano, la insultaba, la empujaba, rompía las cosas en la casa, estaba todo el día en la calle.

La dinámica cotidiana de la vida de Carlos, hasta los 20 años, transcurre en un vaivén entre la calle y su casa donde se refugiaba a consumir. Ese péndulo estaba determinado, en gran medida, por el tipo de efecto y los tiempos que el poli consumo comenzaba a instalar. En el mismo se observa una alternancia entre la lógica del compartir y la lógica del aislamiento: Arrancaba a la mañana, estábamos en una esquina y fumábamos faso, tomábamos birra, fernet, lo que venga, poxirran, todas las drogas estaban y después ya 6/7 de la tarde empezábamos con la cocaína, comprábamos; al principio tomábamos todos en la casa de uno y después ya el efecto que da es que te empezás a perseguir mucho y ya no querés estar con otros y te aislás.

El éxodo. Parte de esta dinámica se interrumpe cuando viaja por dos años al sur del país con su novia a trabajar como bachero en un hotel. Allí, si bien la cantidad y frecuencia no disminuyen, el uso es distinto:

Ahí me drogaba peor porque tomaba con el chef, con el gerente y toda la plata era para mujeres, droga y juego...el combo completo.

En cuanto a su relación de pareja, también comenta que el consumo resultó un límite para su continuidad. Carlos cuenta que intentaba esconderse cuando consumía y que su novia no lo note, aunque reconoce que se trataban de algo que cada vez se volvía más difícil de ocultar. Las mismas dificultades comenzaron a aparecer en su trabajo, motivo por el cual es también despedido. Comenta que alterna dos trabajos en el lapso de nueve meses. El primer de ellos en el campo, donde también consumía “pero tenía mi responsabilidad”. Luego, en Bolivia, a trabajar en un ferrocarril, donde conoce la pasta base:

Me gustaba el efecto, que te relajaba la cabeza, estaba duro pero me calmaba los nervios, cuando tenía la droga en el cuerpo estaba contento, me ponía hasta amoroso con mi mamá. Después me disgustaba de cómo terminaba.

Allí, transitando nuevas relaciones de pareja y nuevos ámbitos laborales, comienza a registrar algunas paradojas de los consumos. Dice que comienza a darse cuenta que había algo más allá del mero placer que le generaba consumir, y que vincula a un modo de funcionamiento propio. Allí, sitúa el recurso al tóxico como una modalidad de “resolución de conflictos”. Recuerda muchas peleas con su novia de aquel entonces, motivadas por celos, pero también por cuestiones domésticas que para él no tenían importancia. Según Carlos, los momentos posteriores a las peleas y discusiones de pareja eran aquellos en los que más consumía. Las discusiones le daban impotencia, bronca, enojo. Pero había creado un modo de encauzar esas tensiones a través del consumo de cocaína. Dice que no intentaba nunca abordar o solucionar los motivos de sus discusiones, sino que recurría rápidamente a darse “un saque”. El consumo permitía evacuar rápidamente esos sentimientos que para él eran intolerables. Pero cuando el efecto terminaba:

[...] venía la tristeza, el bajón y el dolor, claro, en el efecto no te pasa nada y después te baja con todo de que “perdí a fulano, perdí a mengano, que me está yendo mal acá”. Lo querés revertir pero no puedes porque al otro día volvés a consumir” [...]

Ser una escoria social. Carlos relata que sólo pudo dejar de consumir a partir de una promesa a su novia. Ella lo había encontrado consumiendo, y él, por miedo a perderla, le promete que quería dejar de consumir. Es en este período en el que pudo conquistar cierta abstinencia, durante cuatro meses. Sobre esta época, recuerda que se sentía “acelerado” y las peleas a golpes de puño eran cada vez más frecuentes en diversos ámbitos: el trabajo, la calle, su casa. La recaída puede situarla nuevamente a raíz de una discusión de pareja, por una situación de celos. Recuerda que luego de esa discusión fue directamente a ver “al transa” y que luego de que ella lo vea consumiendo nuevamente no se vieron más. Carlos analiza que:

[...] yo a la primera quebradura agarraba para ese lado y con eso tapaba todo. Con mi abuelo fue así, no lo sentí mucho porque fue todo taparlo [...]

Con la vuelta al consumo, siente que vuelve a “derrapar”, momento en el que retorna al consumo de cocaína y paco. Sobre este último, comenta que “me arruinó todo, me arruinó la salud”. Es durante el último período, donde comienza a sentir los achaques del consumo de paco, Carlos dice que su madre y abuela lo echan de su casa con la policía, por haberles vendido y robado varias de sus pertenencias “no me importaba nada, terminé durmiendo en los trenes y comiendo de la basura. Con el paco se te cierran todas las puertas, vendía mis pantalones, mis buzos.” En

paralelo, las prácticas delictivas dejan de organizarse en torno a la banda, pues varias situaciones de tiroteo con la policía y de riesgo de vida, sumado al deterioro del paco y el encarcelamiento de sus amigos, lo hicieron replegarse a prácticas “de ratero” en los trenes. Si bien tuvo intentos de tratamiento previos, comenta que “fueron forzados” por su pareja, y que él no tenía interés. Entre ellos, uno fue ambulatorio y otro en internación, donde recuerda el hacinamiento y la violencia entre los pacientes internados. En relación con su última internación, dice: “me agarró una abstinencia fuerte, me puse violento, mal, y recurrí a ir a correr y después bueno tuve un episodio con un compañero que nos peleamos y nos fuimos a las piñas, yo me defendí, él me fue a buscar, fue una pelea de convivencia”. Por último, en cuanto a su expectativa futura, Carlos dice que la ve “jodida”

En un momento pensé que era una escoria social. Me ha pasado de decir ¿qué hago en esta vida? Le estoy arruinando la vida a la gente, me quise matar viví mucho tiempo deprimido, muy solo, tenía gente pero me sentía solo, me sentía una mierda, y decía: qué hago en esta vida, si lo único que hago es cagada, hago mal a mi familia, hago mal a la gente que me quiere.

Si bien la internación es voluntaria, Carlos aún no ha sido autorizado para salir los fines de semana. Según comenta, se siente alterado, nervioso y con ganas de consumir. Pero ese impulso a volver a consumir es intermitente, aparece, sobre todo, en los momentos libres o cuando tiene algún altercado con sus compañeros. Durante su estadía en la comunidad, comenzó a pensar en cómo sería su egreso. Ahora, piensa que le gustaría poder terminar la secundaria, conseguir algún trabajo y luego hacer algún curso de gastronomía. Además, dice:

Cortar con la gente del consumo, tratar de evitar las salidas a los boliches pero es algo que tengo que trabajar todavía... mi meta es arrancarme ese vicio de raíz, ya basta, no quiero ni un poquito, no quiero saber más nada porque eso me arruinó a mí y a mi familia, te va matando de a poquito. Perdí trabajos, parejas, de todo. Al principio es placentero y después te lleva a perder todo.

En cuanto al registro del primer mes de abstinencia, dice: “Ahora uno está fresco, veo las cosas de otra manera. Antes me ponía mal e iba y consumía y al otro día igual y tapaba y tapaba y tapaba, ahora no puedo tapar; ahora estoy fresco, estoy lúcido, claro, estoy re blandito, lloro, me arrepiento de miles de cosas. Hay cosas que no puedo remediar, un dolor, pero hay cosas que puedo remediar”. Por último, reflexiona:

Yo tenía mucha libertad. De chico salía y no daba explicaciones. Los padres tienen que estar un poco más. A mí no me preguntaban ¿y cómo te fue?”. Y eso también influye. Mi familia no me daba importancia en eso, pero creo que los padres tienen que estar.

Resultados parte II: análisis sincrónico

En los relatos de los ocho casos analizados, los jóvenes detallan vivencias y situaciones identificadas por ellas mismas como acontecimientos significativos en sus vidas: cambios en la estructura familiar, fallecimientos de personas cercanas, carencias diarias y afectivas en el hogar; situaciones de violencia familiar, escolar y callejera; interrupción de los estudios; migraciones; consumo problemático de drogas; problemas con la policía; escenarios laborales y responsabilidades de cuidado; logros educativos y laborales; devenir militantes políticos, los avatares de ser padre y “adicto”; entre otros hitos biográficos. “La infancia pasó rápido” dirá uno de ellos, induciéndonos a pensar que, en sus trayectorias subjetivas, los ciclos vitales se suceden de modo vertiginoso, siendo la internación una oportunidad –extrema- para interrumpir la vorágine y pensar en diversas direcciones. Desde luego, las razones y motivos para comprender esas peculiaridades no son homogéneas.

A continuación, se presentan los resultados y conclusiones más relevantes, siguiendo el ciclo de bloques biográficos mencionados para analizar trayectorias y subjetividades de los jóvenes entrevistados.

Primer bloque biográfico: etapa previa al consumo. En la indagación de los períodos previos al consumo problemático, insistió en los relatos la figura de subjetividades a la intemperie. Uno de los jóvenes entrevistados, relata “mi papá casi nunca estaba, mi mamá tenía otra pareja. Mi infancia fue eso... todo el día en la calle.” Si bien no se trata de una ley general en las historias analizadas, en los relatos insiste -bajo diferentes formas- la escasez de mediadores significativos estables, confiables, dialogantes y sensibles a lo largo de sus trayectorias, cuestión que precipita a los sujetos a transitar períodos importantes de sus infancias sumergiéndose en contextos y situaciones de riesgo, sin referencias que acompañen ese proceso. Quedan vacantes así la transmisión de mensajes y valores que orienten el devenir, quedando los sujetos a la intemperie. Esta imposibilidad de los encuentros aparece en algunos de nuestros jóvenes como doblemente reforzada: por un lado, por la crisis intergeneracional y, por el otro, por las ausencias y violencias en algunos casos mencionados.

Se registran modalidades de intercambio afectivo vinculado al descuido e indiferencia de las figuras de cuidado. Sobre estas modalidades subjetivas se yuxtaponen luego procesos de marginalización y estigmatización que padecen muchos de los jóvenes (por ejemplo, la identificación a la representación de ser “una escoria social” en nuestro caso testigo). Al respecto, identificamos una matriz desubjetivante, coincidiendo con Bleichmar (2005) respecto a que la más feroz de ellas aparece vinculada, no necesariamente a la pobreza, sino fundamentalmente a “la convicción de no significar nada para el otro, de no interesar al otro, de quedar sometido a una representación de sí mismo en la cual se instala la convicción de que la vida propia no tiene ningún sentido para el otro”.

Los ritos de iniciación. En la iniciación en el consumo que los jóvenes relatan, encontramos una función ritual desempeñada por sus grupos de pares, en la medida

en que inauguran algo del orden del pasaje de un estado a otro. El consumo de sustancias en el contexto del grupo de pares establece un conjunto de pautas y códigos de pertenencia. El grado de masculinidad, aguante y pertenencia se dirime en relación con la participación en estas prácticas de ritualización colectiva. Las mismas ofician de pivote entre el mundo infantil y otro que se imagina como autónomo y libre. Uno de los jóvenes relata: “Viste cuando vos estas con gente que es como una bandita, que es que si no fumás no sos de la banda, si no robás no sos de la banda, y bueno, yo quería ser igual que ellos. Yo quería tener lo mío”. La permeabilidad a estas normas parece residir, en muchos casos, en la ausencia o suspensión temporal del rol de las figuras de autoridad y en la posibilidad de entablar una integración a un consumo que, inicialmente, es mágico, eufórico y socializado. Quizás resida en aquella misma ausencia o suspensión temporal, la dificultad de estas prácticas para establecer marcas estructurantes. Por el contrario, los rituales se disuelven en la inmediatez. Tal como señala Seoane Toimil (2015), constituyen reglas contractuales lábiles y precarias, en las que no hay obligaciones ni marcos de reciprocidad estables.

Pese a que los primeros consumos se desarrollaron ligando e inscribiendo a los jóvenes a un grupo, los relatos dieron cuenta de una sumatoria de “fiestas individuales”, en las que cada uno explora sobre sí mismo y a veces con el otro –en calidad de espejo– los primeros efectos de las sustancias. Podemos decir que, ante la falta de rituales que ofician de enclave simbólico, el inicio del consumo de sustancias en nuestros jóvenes aparece como un modo de ritualizar el pasaje de la infancia al mundo de las libertades adultas. Esta nueva experiencia de sí mismos necesita de los otros, requiere estar entre los otros, pero, paradójicamente, los desgaja de los otros.

Segundo bloque biográfico: la organización de la vida por el consumo.

En la instalación de los consumos problemáticos, observamos una modalidad de alteración en la experiencia de sí, donde lo pulsional se sale de cauce. La precariedad subjetiva de estos proyectos o iniciativas compartidas en este hacer con los otros se emparenta con lo que Fernández (2013) describió como “urgencia de satisfacción”. Uno de los jóvenes relata:

A los 14/15 conocí la merca y después pasé al Poxiran y después pasé a las pastillas. En ese momento me gustaba todo, me gustaban los mambos. Alucinaciones, flashaba cosas y estaba bueno el mambo y flashaba cosas buenas; como que tenía la bolsita de Poxiran y hacía magia, en mi cabeza porque estaba volado, que hacía caballitos y capaz que nada que ver pero vos flashabas que estabas haciendo eso.

En relación con esto, las temporalidades subjetivas instauradas convergen hacia el pasaje por una experiencia novedosa a como dé lugar, persiguiendo una lógica de vertiginosidad, vinculada al zapping televisivo. En ella, el factor activo está en el objeto que se consume, más que en el sujeto consumidor. Aún en aquellos momentos iniciales en los que el consumo de sustancias no organiza toda la vida de los jóvenes, advertimos que la necesidad de tener experiencias nuevas se emparenta íntimamente

con la experiencia del riesgo y desborde. Se trata más de experimentar, que de tener experiencias. La novedad del “experimento” radica en la artificialidad con la que se interviene el propio cuerpo y los efectos concomitantes.

En contraposición, las experiencias que apelan al factor ilusional o a la capacidad para entusiasmarse con proyectos individuales o colectivos parecen seriamente lesionados. En el inicio de las trayectorias de consumo, entonces, se instalan modalidades subjetivas que abrevian o anulan la demora que el recorrido por cualquier proyecto requiere. En este sentido, los proyectos de atravesar la escolaridad o encontrar un trabajo carecen de atractivo. La búsqueda de sensaciones nuevas o diferentes a partir del tóxico prescinde del atravesamiento de las peripecias de las relaciones con otros y de la confrontación con barreras materiales o simbólicas.

Fernandez ha denominado “lógicas del instante” a esos procedimientos que establecen ciertas configuraciones subjetivas y ciertas modalidades de lazo social en las que se clausuran, obturan o arrasan las condiciones de posibilidad de una “lógica de anticipación” (Fernández, 2013). Frente a la necesidad de dar respuesta a la urgencia de satisfacción, se disuelve la espera y se configura un territorio subjetivo que se repliega sobre sí mismo, a condición de reducir los intersticios por los que los otros significativos puedan aproximarse.

En aquellos jóvenes que relatan los períodos de “gira”, los vínculos se fundan a partir de dos o tres personas que se convierten en sus vínculos próximos; también establecen vínculos ocasionales y/o oportunistas con los “transas” o vendedores locales a pequeña escala de drogas. Otro de los jóvenes recuerda:

Empezaba con dos Rivotril a la mañana temprano ponele. Con un amigo los viernes, tomábamos dos Rivotril con mate amargo y esperábamos a que pase el repartidor y le pedíamos unos escabios, y nos daba vino y ahí tomábamos vino puro y hacía efecto la pastilla y fumábamos algunos fasos. Ahí sí mezclábamos... y después desapareces y no te acordás de nada y cuando vas bajando te acordás.

Se trata de redes frágiles y volátiles, en los que la desconfianza y cierto individualismo organizan las transacciones. Estos vínculos aceleran los procesos de exposición a peligros, enfermedades, daños y lesiones. A diferencia de lo relevado por Bourgois (2010) para el consumo de crack, los usuarios de pasta base no conciben estos vínculos como estructurantes de una comunidad de adictos erigida sobre la base de una economía moral del compartir. Por el contrario, impera cierto individualismo hedónico en tanto capacidad de poseer y administrar el “capital” de drogas, coincidiendo este hallazgo con trabajos locales de Epele (2018, 2020) y Montenegro (2017). Precisamente, ubicaremos en la ruptura respecto de los espacios de consumo compartido y recreativo, cierto clivaje histórico-biográfico en la función que desempeñan las sustancias.

Durante las giras, observamos la pregnancia de la inmediatez y la euforización concomitante. La precariedad de los vínculos y redes sociales durante las giras

produce subjetivamente un tiempo que se disuelve en la instantaneidad. En el existir descontrolado se produce la preeminencia de lo sensorial. Pasado y futuro se fusionan, de ahí la frecuencia de una figura recurrente: “no me importaba nada”. De este modo, todo cae en un agujero que no engancha, que no establece lazo ni marca. Tal vez no sea casualidad que, por este mismo motivo, suele haber una gran amnesia cuando las giras terminan. Las giras suspenden temporalmente el registro de lo familiar, del lazo afectivo y del compromiso en sus múltiples sentidos. Durante estos períodos se produce una subjetividad desafectivizada. No se subjetivan las sucesivas pérdidas ni los daños que van surcando la relación con sus otros significativos.

Pensar en producción de subjetividad y no en subjetividad a secas (esencialista y ahistórica) requiere una lógica con verbos; porque estamos aludiendo a un movimiento, a un hacer maquínico, a una multiplicidad de operaciones que llamamos subjetividad. Se trata de poder situar los organizadores de sentido y operaciones prácticas por las que se conectan hombres y cosas, los hombres con los otros, con lo otro. En las historias analizadas, la vida organizada por el consumo implica la construcción de una rutina en la que se hace necesario establecer modos de comprar, acumular, vender, consumir, coimear, robar, retacear. En este anudamiento subjetivo, situacional y singular, las relaciones afectivas las marca la usura, la explotación, la no consideración del semejante. Produce pertenencias de vacío, de nada. Durante las giras, la participación en acciones colectivas no es otra cosa que la suma de individualidades efímeras, en las que prevalecen lazos frívolos e interesados:

Con la resaca no querés que ni te hablen, te hablan y te molesta, te convertís en una persona mala y querés ir a robar, y te vas solo. Por ahí si vas careta a robar y ves a uno para robarle no te animas pero si estás empastillado le robas y no te importa, sea grande sea chiquito, haya alguien o no haya nadie te mandas; lo más lindo que empastillado te sale y careta no te animas.

Los períodos de “bajón” producen un nuevo pliegue sobre esa subjetividad desafectivizada. La artificialidad que el apego al consumo compulsivo produce, es la contracara de un hiperrealismo que el cese del consumo induce. Vergüenza, culpa, angustia, necesidad de reparación y tristeza son algunos de los estados emocionales que los jóvenes relatan cuando transitan la difícil sensación de volver a sus casas o re-conectarse con sus otros significativos. Son estos momentos donde narran la recurrente promesa de no volver a consumir y la idea de sentirse “desnudos” frente a un entorno que se presenta dañado y desconfiado.

Ni víctimas, ni victimarios. Los jóvenes narran pasajes en los que lejos están de pensarse a sí mismos como víctimas ni victimarios. En las trayectorias aquí analizadas, el consumo aparece como algo vital, que reafirma y disuelve la existencia. El consumo se emplaza como micropolítica de subjetivación, que compone y descompone situaciones, operando al compás de la inserción y la desinserción.

Consumir promete una satisfacción no reglada por la espera. No interesa convertirse en buen alumno, ni ser el empleado del mes. En sus fases de inserción, consumir produce una nueva emocionalidad, que cataliza modos de insubordinarse frente a lo establecido, frente a aquello que estigmatiza, criminaliza y patologiza. Consumir se vive como una grieta de liberación respecto a referencias que ya no conservan valor estructurante, como un modo plebeyo de enfrentar la miseria cotidiana (Touza, 2018; Valeriano, 2019). También es vivir bajo el riesgo de morir bajo esas propias reglas.

Consumir aparece como un modo alternativo de no subsumir la propia existencia a los mandatos “instituidos” de estudiar y trabajar en un contexto de miseria planificada. Así, dice un joven, “es mejor ser la más poronga de la cuadra, que hacer fila para que te tomen para un laburo de mierda o acompañar a tu hermana a tomar la copa de leche”. En tal sentido, siguiendo una línea trabajada por Valeriano (2019) resulta necesario pensar sus existenciarios y vitalidades, sin reducirlos al estereotipo de la víctima (de un hogar desintegrado, de una infancia violenta, de la pobreza), ni el estigma del victimario (adicto etiqueta – delincuente, versión del flagelo social y desintegración de la sociedad).

En la configuración de esas trayectorias, las modalidades de producción subjetiva son múltiples, dinámicas y cambiantes. Lejos de vivenciarlo en términos de déficit, los jóvenes narran potencias indomables: se enfrentan a la policía o al transa, negocian, recaudan, compran, convidan a propios y ajenos, consumen. Paulatinamente, lo recreativo se degrada cuando la fiesta ya no es tal, cuando el dolor surca hondo, cuando se apuesta a perder.

Las hazañas y escenas que relatan no articulan pasado y futuro. Se trata de un devenir no reglado, de una temporalidad sin tiempo. Si en la era de la fluidez todo acontece por primera vez, la intermitencia de los efectos tóxicos produce subjetividades que quedan sin anclas firmes, sobre las que se dibuja el naufragio. Por otra parte, a tono con las modificaciones socioculturales de las últimas décadas, la problemática identificatoria deja de librarse exclusivamente en el campo de las identidades familiares, y lo que los relatos permiten interpretar es que las identidades que los sujetos ponen a jugar son flexibles y dependientes de las condiciones de vida, los momentos y experiencias fortuitas. En lugar de identidad, entonces, podemos hablar de procesos de identificación que se funden y articulan.

En tal sentido, estos dramas adictivos no se presentan como una mera respuesta a la necesidad de lidiar con instituciones alienantes y disciplinarias. Los jóvenes se confrontan con un mapa borroso, de destituciones en distintos planos, que dificultan la posibilidad de componer el propio mundo sin de-subjetivarse ante dispositivos que condicionan el propio destino.

En algunas trayectorias analizadas los jóvenes atraviesan dispositivos familiares, educativos, laborales, policiales, sanitarios que tempranamente los sitúan en los márgenes. Correlativamente, estar en los márgenes produce subjetividades compatibles con la idea del “niño problema”, “alumno problema”, “vago”, “chorro”, “enfermo”, “joven peligroso”: adicto. Subjetividades que se tejen en una trayectoria leída en términos retrospectivos.

En relación con la autopercepción, se coincide con diferentes trabajos que han resaltado el peso de la identificación al rasgo adictivo como etiqueta de reconocimiento y modo de presentarse. La sustancia le otorga una identidad, que bajo la figura del “soy adicto”, coagula un sentido muchas veces difícil de conmovedor, en la medida en que ellos mismos definen su existencia desde una condición de satisfacción. La rigidez subjetiva e identitaria revelada por estas recurrencias tal vez sea producto de la reproducción de discursos esencialistas que deben de-construirse para des-totalizar la imagen de sí mismo como desecho y basura. Al respecto, el modo en que se definen como “adictos”, fundamentalmente vinculado a la idea de estar enfermos, parece reproducir la técnica de la confesión, procedimiento basado en la obligación de un decir veraz sobre sí mismo, que debería transformar la relación con uno mismo y con aquél ante quien uno se confiesa (*Foucault 1981/2014*).

Situamos la matriz de la subjetividad adictiva como aquello que lleva al extremo lo contenido en el nuevo soporte subjetivo de la época: la subjetividad consumidora. En las historias analizadas, inicialmente el consumo libera, en la medida en que promete una satisfacción que no exige rodeos, ni sostener la existencia en la dimensión de la promesa. Pero el consumo encierra, en la medida en que construye una lógica que aísla, precariza o re-precарiza. Somete a la vida propia al tránsito por otros dispositivos, crudos, patologizantes, criminalizantes. La liberación se transforma en una nueva ficción, en la medida en que los efectos de poder del que se escabullen, se re-encuentran en otros dispositivos: los del narcotráfico, los policiales, los de las comunidades terapéuticas.

El consumo se presenta como la promesa de libertad en la que, paradójicamente, se esclaviza hasta arruinarse. Pero lo más importante de todo, quizás sea, esencialmente, todo el guion de actuación que se monta a partir de “querer tener”. Aquí registramos etapas, sucesiones, códigos, argumentos y discursos que se despliegan situacionalmente y que “producen” al joven como adicto. La práctica del consumo produce una estructuración psíquica que privilegia la obtención de un placer efímero y trivial, desechable, exitista.

Masculinidades y toxicidades. En cuanto a la discusión sobre las implicancias del consumo en el plano de la masculinidad, observamos que el mismo se transforma en una dimensión casi constitutiva de la expresión de su identidad. Como hemos descripto con relación a la dinámica con los grupos de pares, consumir delimita la pertenencia a determinados grupos y los diferencia de otros que no consumen. Coincidimos con Reguillo (2010) y Reyes, Paz y Sismondi (2012) en que la dinámica juvenil descripta expresa cuestiones imaginarias vinculadas con el reconocimiento del grupo o atributos como el “aguante” o el conocimiento dado por la experiencia. El mismo se reconoce como una cuestión inherente a la identidad masculina, en oposición a características de los personajes femeninos de sus historias, más vinculados a la paciencia, el cuidado de los hijos y la función de “fusible”. Una cultura masculina que:

- celebra el aguante (*Alaberces y Garriga Zucal, 2017*)
- ubica al consumo con una función en la configuración de la identidad a partir de la lógica ritual del compartir y como un rasgo varonil tradicional.
- asocia la conexión y expresión de las emociones como un signo de debilidad, motivo por el cual tapa toda vía de procesamiento a través de la palabra.

Tercer bloque biográfico: la demanda de internación y un límite a lo ilimitado. A contramano del sentido común que sostiene cierta concepción lineal de la adicción, basada en la idea de “carrera de ida” o “carrera de la droga” (*Palomino Garibay, Hernández Lira y Vargas Ibáñez, 2018*), hemos sostenido una concepción secuencial de los consumos, que permite trazar momentos en los que el consumo se detiene, organiza la vida de los sujetos o se desregula por completo:

Lo peor fue cuando entré al mundo de la pasta base, eso fue lo que me detonó, ya empecé a vender todo. Eso fue hace poco, hará 2 años que empecé con todo a darle. Antes era un poco a la noche y me iba a dormir, después ya me levantaba pensando en eso. Me venían a buscar para laburar y me decían: “déjate de joder que te van a matar, vas a terminar preso”; “si, pasá mañana que vamos a laburar”, salía a robar a la noche y al otro día no quería hacer nada. O sea, amigos tenés cuando tenés, cuando no tenés nada no queda ninguno al lado tuyo y por ahí si hay 1/2 son contados.

El consumo comienza a ser nominado como un problema para los otros, y solo más tarde, en términos retrospectivos, los jóvenes pueden dimensionar su impacto y magnitud. Observamos que los consumos se desgajan de anudamientos sociales y culturales e inauguran modalidades de satisfacción paradójica señaladas por nociones psicoanalíticas clásicas. Ya no se trata tanto de disfrutar, sino de silenciar. El aislamiento no refiere exclusivamente a consumir en soledad. Está vinculado con un progresivo e insidioso proceso en el que los jóvenes abandonan o clausuran búsquedas de encuentro con los otros, tanto en el plano de la amistad, de lo familiar, educativo, el ocio recreativo o laboral. En tal sentido nos hemos referido a la fuerza de un imperativo cuya racionalidad hedónica imposibilita estructuralmente el sostenimiento de las satisfacciones alcanzadas: se disuelven en la inmediatez y piden cada vez más.

La particularidad de los momentos en los que se monta una modalidad toxicómana reside en que se detiene la búsqueda sucesiva y sustitutiva de objetos de consumo, adquiriendo la sustancia cierta fijeza. Lo que se conserva de esta búsqueda metonímica es la vertiginosidad e inmediatez de las respuestas frente al malestar, siguiendo el modelo de la automedicación. Cuando la vida comienza a organizarse por el consumo, advertimos cierta ruptura de las barreras que limitaban, encauzaban

y organizaban las satisfacciones pulsionales hasta entonces. Las “ceremonias” y consumos que acompañaban rituales culturales a partir de lo compartido se devalúan, transformándose en ceremonias individuales.

La vía del rescate como retórica de lo ilimitado. Es cuando se produce la comunicación de los contrarios en tanto remedio – veneno, cuando vemos que fracasa el intento de dominar esas cantidades, registrando allí, por un lado, el riesgo de sobredosis, y por el otro, la rotación – combinación de sustancias. La ineficacia de un recurso frecuentemente utilizado genera algo del orden del desvalimiento. Es justamente en estos fracasos, en conjunción con la ruptura de casi todas las redes sociales de los jóvenes, donde hallamos otro punto de ruptura en las trayectorias de los sujetos. Es sólo aquí –y no antes – donde surge la idea de haber tocado fondo y la necesidad del “rescate”. El rescate no es sinónimo de demanda de tratamiento, ni de abandono del consumo. Implica encontrar un espacio donde recuperarse luego de jornadas extendidas de consumo compulsivo. Los jóvenes que consumen pasta base y que han erosionado los vínculos familiares o próximos, buscan espacios públicos como puentes o estaciones de trenes. Algunos narran también haber recurrido a pastores evangélicos, que pueden otorgar un lugar donde alimentarse, dormir y bañarse.

Jugaba con el arma y me gatille como 3 veces. Jugué con la muerte un montón de veces y nunca me quiso llevar, se ve que no es el momento para mí, la vida me está preparando para otra ocasión. Pero siempre fue por eso, decía: “que vida de mierda que me tocó” porque después otra cosa qué pudo haber sido...

Las fases terminales del consumo, en las que los sujetos deciden internarse, se aproxima a la noción de catástrofe de Lewcovicz (2002). Los sujetos no pueden por sí mismos re-insertar sus existencias recurriendo a recursos, esquemas y saberes previos. No se trata de un trauma a ser superado. Sus referencias y vínculos previos han sido corridos, dañados y ahuyentados por lo compulsivo y la lógica del “no me importaba nada”. Tampoco parecen estar en condiciones de dismantelar las dinámicas de sociabilidad previas y fundar una lógica acontecimental a raíz de este impasse. La catástrofe, entonces, se presenta como el retorno al no ser. Dicho de otro modo, el consumo compulsivo parece haber llegado para quedarse. Por eso mismo, impera la sensación de que no hay ni esquemas previos ni esquemas nuevos capaces de iniciar o reiniciar el juego. Hay sustracción, mutilación, devastación. Se ha producido una catástrofe, por lo que la urgencia requiere de la intervención de un tercero que interne y salve la vida. Cuando la vida misma de los jóvenes comienza a organizarse por el consumo, cuestión que coincide descriptivamente con el prototipo de las “dependencias” de sustancias, podemos hablar del montaje de un artificio químico que suprime o evade -con distinto nivel de éxito- todo lo que se vivencia como amenaza. La amenaza está representada por aquellas afrentas de la vida frente a las cuales hay cada vez menos capacidad de respuesta. Por lo tanto, cualquier conflicto, requerimiento del entorno o iniciativa propia adquiere la dimensión

de lo angustioso, que sólo puede ser tolerado a condición de no ser sentido, o al menos, atenuado. Se trata de un mecanismo empleado que busca neutralizar tanto la angustia como la memoria de aquello que resulta una incomodidad para la propia organización subjetiva.

Conclusiones y palabras finales

La genealogía subjetiva de los casos analizados, han permitido trazar algunos de los múltiples mojonos que los relatos ofrecen. Nos ayuda a demarcar y buscar historias que se presentan de modo uniforme bajo el nombre propio de la adicción, pero que revelan una irreductible singularidad y heterogeneidad de sucesos. En sintonía con esto, la posición epistemológica escogida ha pretendido ir más allá de explicaciones que hallan orígenes homogéneos y totalizantes, aunque se ha procurado sortear, también, abordajes que apelan a la “singularidad” como modo de eludir recurrencias o puntos que insisten en las configuraciones subjetivas juveniles.

Las modalidades de consumo relatadas se caracterizan por la búsqueda de efectos rápidos y cambios en el ánimo, en la percepción o en los sentimientos mediante una vía química y tóxica que logra la adaptación circunstancial a una realidad displacentera. En esta investigación, observamos que lo problemático de estos consumos, se da tanto en períodos iniciales, debido a la exposición a riesgos, como en estadios posteriores, en los que la vida comienza a organizarse en torno al consumo. A juzgar por nuestra casuística, el problema no radica esencialmente en la toxicidad de lo que se consumen, sino en que los jóvenes abandonan paulatinamente la capacidad de entusiasmo, sumado a la carencia de vínculos o redes sociales de contención y apoyo que los ayuden a recuperarla de otra manera. En nuestros jóvenes, lo opuesto a la adicción entonces no sería la sobriedad, sino más bien la presencia de vínculos.

Entre los hallazgos centrales de este trabajo situamos la necesidad de aproximarnos a los consumos problemáticos desde una mirada sociocultural que se proponga, aún con cierta falibilidad irreductible, tensionar la antinomia individuo – sociedad en el marco los procesos de desarrollo de consumo problemático. Hemos encontrado en el análisis de los procesos de subjetivación una vía potente de analizar ciertas vitalidades juveniles que se ubican sobre la base de lo que, luego, funciona como un factor fundamental en la constitución de las adicciones. Estas vitalidades irreverentes se desprenden de dispositivos normativizantes y consolidan incorrecciones que les otorgan otros lugares marcados por la no domesticación de sus existencias. Se trata de modos plebeyos que encuentran en el consumo un modo ritual de acceder a posiciones masculinas socializadas en el marco de imperativos hedonistas y del “aguante”. En estos modos de ser y hacer mundo, hemos visto, también, que lejos de visiones lineales, los usos de los tóxicos son múltiples y, así como están enlazados a giros existenciales, también se presentan mediando una gran parte de los escenarios cotidianos. Si el consumo de sustancias es un modo de respuesta posible a los avatares y contingencias de la vida, encuentra en ella un camino allanado por una matriz consumidora que la antecede, atravesando de diferente modo las clases

sociales, género y etnias. De tal modo la adicción se constituye en una instancia reconocible porque la lógica social en la que se constituyen las subjetividades hace posible que se desarrollen ese tipo de prácticas. Ha sido en este último sentido en que hemos intentado no reducir nuestro análisis al desarrollo coyuntural de “predisposiciones adictivas” o en los fracasos de la contención del entramado social, familiar y educativo, sino en la constitución misma de esa posibilidad, es decir, una subjetividad amenazada, en su constitución misma, de caer en adicción. Para finalizar, este artículo fue escrito con el propósito de inventar un nuevo modo, entre tantos posibles, de comprender una limitada porción de la realidad, que emerge como un problema pasible de ser pensado. Para ello, nos hemos servido de un suelo común y conocido de ideas, que habitan nuestro espacio socio-temporal, que delimitan nuestros marcos de visibilidad y enunciabilidad, pero que también abren líneas de fuga creativas. Inventar, quizás, sea una forma de componer y jugar con lo dado, explorándolo de otro modo. Sugerir aproximaciones o articulaciones nuevas a subjetividades mutantes, alteradas, tan abiertas como coercionadas. Tan libres como el largo de sus cadenas.

Referencias

- Alabarces, P. y Garriga Zucal, J. (2017). El “aguante”: una identidad corporal y popular. *Intersecciones en Antropología*, 9, 275-289.
- Arzaluz Solano, S. (2005). La utilización del estudio de caso en el análisis local. *Región y Sociedad*, 17(32), 107-144.
- Bang, C., Cafferata, L. I., Castaño Gómez, V. y Infantino, A. I. (2020). Entre “lo clínico” y “lo comunitario”. *Revista de Psicología*. [HTTPS://DOI.ORG/10.24215/2422572XE041](https://doi.org/10.24215/2422572XE041)
- Barrenengoa, P., Damiano, J., López, S. M., Suárez, N., Tejo, M. y Villalba, A. (2017). Adicciones: reflexiones teóricas sobre el abordaje de una problemática compleja. *Temas en Psicología*, 3, 73-91.
- Berteaux, D. (1980). *Los relatos de vida. Una perspectiva etnosociológica* (I. Jourdan, Trad.). Nathan.
- Bleichmar, S. (2004). *Límites y excesos del concepto de subjetividad en psicoanálisis*. Topia.
- Bleichmar, S. (2005). *La subjetividad en riesgo*. Topia.
- Bourdieu, P. (1977). *La ilusión biográfica. Razones prácticas*. Anagrama.
- Bourgeois, P. y Schonberg, J. (2010). *Righteous dopefriend*. University Press Group.
- Capriati, A. (2017). Tensiones y desafíos en el uso del método biográfico. *Cinta de Moebio*, 60, 316-327. [HTTPS://DOI.ORG/10.4067/s0717-554x2017000300316](https://doi.org/10.4067/s0717-554x2017000300316)
- Capriati, A. J. (2015). Desigualdades y vulnerabilidades en la condición juvenil: el desafío de la inclusión social. *Convergencia*, 22(69), 131-150. [HTTPS://DOI.ORG/10.29101/crcs.v22i69.3638](https://doi.org/10.29101/crcs.v22i69.3638)
- Carballeda, A. J. M. (2014). Algunos aspectos históricos y geopolíticos que hacen a la construcción discursiva del consumo problemático de drogas. *Estrategias - Psicoanálisis y Salud Mental*, 1(2), 36-38.
- Castel, R. y Coppel, A. (1994). Los controles de la toxicomanía. En A. Ehrenberg (Ed.), *Individuos bajo influencia. Drogas, alcohol, medicamentos psicotrópicos*. Nueva Visión.
- Chaves, M. (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Espacio.
- Chaves, Mariana. (2005). Juventud negada y negativizada: Representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea. *Última Década*, 13(23), 9-32. [HTTPS://DOI.ORG/10.4067/s0718-22362005000200002](https://doi.org/10.4067/s0718-22362005000200002)

- Comes, Y., Solitario, R., Garbus, P., Mauro, M., Czerniecki, S., Vázquez, A., Sotelo, R. y Stolkiner, A. (2007). El concepto de accesibilidad: la perspectiva relacional entre población y servicios. *Anuario de Investigaciones*, 14, 201-209.
- Denzin, N. K. (1989). *Interpretive biography*. SAGE.
- Di Leo, P. F., Camarotti, A. C., Caruso, F., Farina, V., González, M., Güelman, M., Ramírez, R., Sustas, S., Touris, C., Vázquez, M. S. y Villa, A. M. (2011). *Procesos de individuación y relatos biográficos: articulaciones y potencialidades para el abordaje de experiencias juveniles en el campo de la promoción de la salud*. IX Jornadas de Sociología, Buenos Aires.
- Duschatzky, S. y Corea, C. (2007). *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Paidós.
- Epele, M. (2007). La lógica de la sospecha. Sobre criminalización del uso de drogas, complot y barreras de acceso al sistema de salud. *Cuadernos de Antropología Social*, 25, 151-168. [HTTPS://DOI.ORG/10.34096/CAS.125.4383](https://doi.org/10.34096/CAS.125.4383)
- Epele, M. (2020). Decir el malestar y malestar en el decir en los márgenes urbanos de Buenos Aires. *Revista Colombiana de Antropología*, 56(1), 273-297. [HTTPS://DOI.ORG/10.22380/2539472X.490](https://doi.org/10.22380/2539472X.490)
- Epele, M. E. (2018). Neoliberal care: Intimacy, romance, and drug use in Argentine dispossessed populations. *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, 23(1), 152-168. [HTTPS://DOI.ORG/10.1111/JLCA.12261](https://doi.org/10.1111/JLCA.12261)
- Escotado, A. (1995). *Historia general de las drogas*. Alianza.
- Fernández, A. M. (2013). *Jóvenes de vidas grises. Psicoanálisis y biopolíticas*. Nueva Visión.
- Foucault, M. (2014). *Obrar mal, decir la verdad: función de la confesión en la justicia: Curso de Lovaina, 1981*. Siglo XXI.
- García del Castillo Rodríguez, J. A., García del Castillo López, Á., Gázquez Pertusa, M. y Marzo Campos, J. C. (2013). La inteligencia emocional como estrategia de prevención de las adicciones. *Health and Addictions/Salud y Drogas*, 13(2), 89-97. [HTTPS://DOI.ORG/10.21134/HAAJ.V13I2.204](https://doi.org/10.21134/HAAJ.V13I2.204)
- Guattari, F. y Rolnik, S. (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Traficantes de Sueños.
- Güelman, M. y Sustas, S. (2018). Hacer bien una fecha. Entre el cuidado y la maximización del placer en consumidores de drogas sintéticas. *Physis: Revista de Saúde Coletiva*, 28(3), e280314. [HTTPS://DOI.ORG/10.1590/S0103-73312018280314](https://doi.org/10.1590/S0103-73312018280314)
- Leclerc-Olive, M. (2009). Temporalidades de la experiencia: las biografías y sus acontecimientos. *Iberofórum*, 8(4), 1-39.
- Lewcovicz, I. (2006). Contexto, una dinámica temporal. En L. Manteola, P. Stulwark, y M. Turillo (Eds.), *Seminarios contexto*. Nobuko.
- Lewcovicz, I. (2002). *Estos son los sujetos de la devastación*. Página 12. [HTTPS://WWW.PAGINA12.COM.AR/DIARIO/PSICOLOGIA/9-7505-2002-07-11.HTML](https://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-7505-2002-07-11.html)
- Mendoza Carmona, Y. L. y Vargas Peña, K. (2017). Factores psicosociales asociados al consumo y adicción a sustancias psicoactivas. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 20(1), 139-167.
- Ministerio de Salud de la Pcia. de Bs.As. (2013). *Percepciones y valoraciones de pacientes sobre el consumo de sustancias en la Provincia de Buenos Aires. Investigación del Observatorio de las Adicciones*. Ministerio de Salud de la Pcia. de Bs. As. [HTTP://WWW.SADA.GBA.GOV.AR/PREVENCION/PERCEPCIONES_VALORACIONES_PACIENTES.PDF](http://www.sada.gba.gov.ar/prevencion/percepciones_valoraciones_pacientes.pdf)
- Montenegro, D. E. (2017). *Trayectorias institucionales de usuarios de drogas: caracterización de servicios socio sanitarios y su vinculación con redes informales*. X Jornadas de Investigación, Docencia, Extensión y Ejercicio Profesional. Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de la Plata, La Plata. [HTTP://SEDICI.UNLP.EDU.AR/HANDLE/10915/63535](http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/63535)
- Morera, A. R. y Del Cid Castro, J. A. (2019). Políticas estigmatizantes contra la juventud latinoamericana: falacias criminalizantes. *Revista Mexicana de Sociología*, 82(1), 123-157. [HTTPS://DOI.ORG/10.22201/IIS.01882503P.2020.1.58063](https://doi.org/10.22201/IIS.01882503P.2020.1.58063)
- Palomino Garibay, L., Hernández Lira, M. L. y Vargas Ibáñez, G. (2018). Reflexiones sobre la dinámica familiar de consumidores de alcohol y drogas desde la teoría fundamentada. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 21(1), 311-333.
- Reguillo, R. (2010). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Norma.
- Reyes, M. A. N., Paz, G. P., Sisoni, A. y Buffa, S. (2012). "Acá, fumamos porro..." Sobre el consumo de drogas en jóvenes en situación de pobreza. *Revista Tesis Facultad de Psicología*, 1(1), 39-58.
- Sautu, R. (1999). *El método biográfico*. Editorial de Belgrano.
- Schwandt, T. (1997). *Qualitative inquiry. A dictionary of terms*. SAGE.

- Seoane Toimil, I. (2015). Adolescencias: psicoanálisis y épocas. En I. Seoane Toimil y S. Lonigro (Eds.), *Lazo social y procesos de subjetivación*. EDULP.
- Touza, L. S. (2018). La trama pensamiento-palabra-acción en las experiencias autónomas de investigación militante en la argentina. *Intersticios de la Política y la Cultura. Intervenciones Latinoamericanas*, 7(13), 28-48.
- Valeriano, D. (2019). Lo plebeyo te recabó. *Encuentros Latinoamericanos*, 3(2), 349-350.
- Vázquez, A. (2016). Acerca de las nominaciones del consumo de drogas en tiempos de medicalización. *Anuario de Investigaciones*, 23, 197-204.
- Vázquez, A. (2019). *Consumos problemáticos y políticas de sufrimiento*. XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVI Jornadas de Investigación. XV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. I Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. I Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología-Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. [HTTPS://WWW.AACADEMICA.ORG/000-111/704](https://www.aacademica.org/000-111/704)
- Vergara Gerstein, J. J. (2013). *Experiencias de riesgo y consumo de drogas ilegales. Subjetividad y trayectorias biográficas de jóvenes peruanos* [Tesis doctoral inédita]. FLACSO.
- Vommaro, P. (2015). Movilizaciones juveniles en América Latina actual: hacia las configuraciones generacionales de la política. *Controversias y Concurrencias Latinoamericanas*, 7(11), 25-54.